

Entre el fuego y la nieve

Angie Prada

11 Grado Colegio José Antonio Ricaurte Ibagué



Pedro Antonio de Alarcón, poeta y narrador español nacido en 1833 y fallecido en 1891, cuya escritura se balanceó entre el realismo y el romanticismo, es el ingenioso creador del poema titulado “Fuego y Nieve”. Para él, como para muchos, el fuego era el símbolo de la pasión y en este poema lo demuestra diciendo: “Duro es tu corazón como granito; mi corazón como la cera tierna, tú, helado invierno, tu, nieve eterna, fuego yo infinito”. Leer versos de tal calidad, incita a escribir otras semejantes:

“Fuego, furia de Dios, ofrenda a los cielos, prueba, juicio o naturaleza. El encuentro accidental entre padre e hijo, ingrediente perfecto para la destrucción, pasión intensa o dolor. ¡Ay, de mí, si el fuego me alcanza!, pero, ¿Cómo encuentro calor donde no hay llama?”, mi escandalosa imaginación me lleva a preguntarme: ¿Qué tan profundo debe ser un pensamiento para ser pronunciado?, ¿Cuántas lágrimas, en soledad tendremos que derramar para adquirir el valor de confesar?, ¿Cuántas veces debemos respirar para encontrar la paz?, ¿Cuántas horas un secreto debemos ocultar para que salga a flote la verdad?”.
(De Alarcón)

Estas preguntas, como una bomba, para el mundo serán y quien logre responderlas, llamara-das de fuego creará.

Nuestro espíritu explorador nos ha llevado más allá de los límites, nos ha llevado a la guerra, la muerte y el despojo. Los revolucionarios pretendían liberar, no destruir, pero en algún punto, el fuego de los cañones y las balas desvió sus objetivos, alcanzaron la cima del poder, pero se alejaron de los cimientos de la ética y la moral. El fuego de la guerra los consumió y la sed de libertad con sus llamas extinguió.

¿De qué otra forma podemos ver la guerra, si no es como una fogata?, una gran fogata que nuestra especie no solo ha creado, sino que también ha influido en su crecimiento, no nos conformamos con distribuirla, era “necesario” también lanzar pequeños maderos, que a largo plazo se convirtieran en grandes problemas. Lenta pero segura, así ha sido nuestra destrucción desde que esta fogata se encendió.

¿Por qué no hablar también del fuego del amor? Preguntémosnos por un momento: ¿Qué habría sido del Quijote sin su Dulcinea? ¿a quién le habría dedicado un “Caballero Andante” como el Quijote sus victorias y penitencias? No olvidemos que Shanon O’Donell, escritora, viajera y oradora estadounidense nacida en

1983, era tentada por el futuro, mientras Henry Janeway (arquitecto estadounidense cuyas obras tienden a conservar la belleza y firmeza de las construcciones antiguas), vivía atrapado en el pasado, pero su amor fue tan fuerte que logró encerrarlos a ambos en el presente. ¿Y qué hay del fuego que encierra una amistad, sellándola para que ni siquiera una tonelada de agua logre extinguirla?

No olvidemos el juego que consumía a Ulises, una llama que no era precisamente liberadora, sino aquella que representaba su impotencia e incertidumbre al no poder regresar a su tierra, el mismo fuego avasallador que sentía su hijo al no encontrar a su padre para regresarlo a casa y liberar a su madre de la arrasadora presencia de los pretendientes que deseaban casarse con ella y apoderarse de lo que por muchos años a Ulises y su familia perteneció. Fue tan fuerte su llama, que alcanzó siglos después para que Dante lo pusiera a arder en el Infierno de La Divina Comedia. Lope de Vega dijo en su poema “Por ver si queda en su furor desecho”, decía esta sabia palabra: “El remedio fue cuerdo, el amor loco que como en agua remediar espera el fuego que tuviera eterna calma, bebiese todo el mar, y aún era poco: que, si bebiera menos, no pudiera

templar la sed desde la boca del alma”. Por su parte, Delmira Agustini, dice: “Fuego, rodando por la vida como en eterno riego”. Ahora, Pablo Nerura en su poema “Medio día”, soneto XLII, escribe: “Sed del fuego, abrasadora multitud del estío que construye un edén con unas cuantas hojas, porque la tierra de rastro oscuro no quiere sufrimientos sino frescura o fuego, agua o pan para todos, y nada debería dividir a los hombres sino el sol o la noche, la luna olas espigas”. Finalmente, el poema “Incendio de Troya” de Fernando de Herrera, dice que “El bravo fuego sobre el alto muro / del soberbio Ilion crecía airado, / y todo por mil partes derramado, / se envolvía confuso en humo oscuro”.

Luego de citar distintos poemas y mencionar a todos estos autores, reconozco que es justo concluir, que el fuego puede ser representado por la avaricia, la guerra y el dolor; incluso como la maldad en sí, pero también puede estar lleno de verdad, pasión, amor y unión. Para mí, la palabra “fuego” significa dolor, pero también liberación, puede generar terror o ser la única salvación, si no se sabe usar, puede quemar en lugar de calentar, y aunque es vital también clasifica como arma mortal.